

En el nombre del rocoto

diego
molina

Pedirle a un arequipeño un artículo sobre lo que significa ser arequipeño es un honor y un acto de penitencia. Un honor, porque a los characatos se nos inflama el pecho cuando tenemos que decir algo sobre nuestra tierra, se nos sale el "arequipeñismo" o el culto a los elementos de identificación con la Ciudad Blanca. El artículo, entonces, estaría lleno de "arequipeñismos", nuestro vocabulario influido por las lenguas

castellana, quechua, aimara y puquina durante cinco siglos, y de inspiraciones históricas.

Esos rasgos son típicos de los arequipeños cuando hablamos de nuestra tierra. Para muestra, baste con mencionar cualquier libro sobre Arequipa escrito por Enrique Tord, Enrique Chirinos Soto o Víctor Andrés Belaunde. Y ese orgullo puede producir grandes hombres y desarrollo, así como destrucción y lucro.

Grandes hombres ha habido muchos en Arequipa, desde Piérola hasta Francisco Mostajo, de Bustamante y Rivero a Roberto Ramírez del Villar, por nombrar algunos *in memoriam*. Grandes logros y momentos vienen de allí, como el Parque Industrial y la Revolución del 50. ¿Destrucción? También proviene de la misma fuente: basta con ver los remedos de revolución que oportunistas como los del Frente Amplio Cívico por Are-



"Nocturno". Óleo de Ricardo Córdova.



"Bodegón". Acuarela de Ricardo Córdova.

quipa tratan de levantar de vez en vez. Se trata de dirigentes doctorados en huelgas que lo único que logran es asfixiar económicamente a la ciudad que supuestamente defienden.

¿Lucro? La publicidad en Arequipa es *sui generis*. Camino al aeropuerto, una empresa transnacional de Telecomunicaciones ha colocado una fotazo del Misti con la leyenda "El Misti no está dormido, solo contempla la belleza de la ciudad". Este cartel es *naif* en comparación con otro de productos farmacéuticos que reza: "Si te metes con un arequipeño, tendrás una revolución". Así se vende ahora en la Ciudad Blanca.

Todos son hidalgos como el rey, dineros menos

Con esta frase, Víctor Andrés Belaunde se refería a cómo los characatos nos sentimos de altas investiduras aunque nos falte la plata. "Donde hasta los más pobres pleiteaban por

hacerse llamar don o doña como timbre de honor", nos dice Quiroz Paz Soldán. Y es que durante el Virreinato en Arequipa nunca hubo nobles, pero sí profesionales, gentes de negocios y de la administración pública que supieron mezclar y sentirse honrados tanto de su pasado hispano cuanto de los vestigios incas de la zona (y viceversa); de allí nació un sentimiento mestizo que simboliza el arequipeñismo.

Por eso Arequipa está llena de representaciones mestizas de su arquitectura, lenguaje, arte, música y comida. Y las jerarquías sociales, como dicen varios arequipeñistas, eran mínimas por la estrecha relación campo-ciudad y entre patrón y obrero que terminaban cantando *el Entonemos un himno de gloria* en la misma picantería y tomando la mejor chicha del Perú, según Basadre.

¿Cuánto han cambiado las

cosas? El escenario ya no es tanto una picantería cuanto el atiborrado *food court* del flamante Saga Falabella, donde podemos ver almorzar a los gerentes de las empresas más grandes de la ciudad pero también al resto de la población. Y es que aun cuando existen niveles sociales, al final todos viven juntos y revueltos bajo el volcán.

"Dineros menos" no es el caso con la cantidad de arequipeños empresarios y gerentes que han conquistado Lima, quienes sí han respirado los aires coloniales de la capital de la república. Para muestra, las playas de Asia creadas por characatos. Muchos de ellos siguen sintiéndose orgullosos de Arequipa, pero no regresan hace quince años; dicen "qué pena, cómo ha cambiado Arequipa", pero no donarían un real aunque Santa Catalina se cayese a pedazos. Igual mantienen ciertos rasgos arequipeños como el apasionamiento, el humor corrosivo y hasta la nevada.

Antes, los arequipeños que se aposentaban en Lima trataban siempre de mejorar su tierra y esperaban regresar algún día. Todavía hay casos, como el de un grupo de médicos characatos residentes en Lima que intentan construir un hospital en la Ciudad Blanca.

Tuturu

Dos factores han cambiado radicalmente en Arequipa en especial desde fines de los ochenta. Uno de ellos es la migración; el otro, el deterioro económico. Hoy por hoy, los inmigrantes del Cusco, Ayacucho y Puno son mayoría en Arequipa, fundamentalmente los de Juliaca, cuyo sistema de negocios —léase mercadillos— no es del total agrado de los habitantes de siempre de la ciudad; sobre todo porque se ha incrementado el contrabando y ha diezclado los negocios formales. Al final, se han integrado en esta suerte de nueva Arequipa que conserva elementos ancestrales y nuevas maneras de subsistir.

Lo interesante del caso es que los hijos de los migrantes han transformado la ciudad con su forma de vida y de supervivencia, pero se han acoplado al arequipeñismo. Esto quedó demostrado de manera especial por los más jóvenes durante el 'Arequipazo' contra las privatizaciones.

Respecto del deterioro económico, Arequipa siempre supo preservar su economía al margen de la situación del país, pero con las nuevas reglas de juego promulgadas en el fujimorato la mayoría de empresas no pudieron subsistir; el último caso es el

Arequipa: Símbolo de la República

Entrevista con Eusebio Quiroz Paz Soldán, historiador y profesor emérito de la UNSA

¿Qué aspectos históricos han influido para la formación de la actitud del arequipeño?

Creo que el aislamiento geográfico que vivió Arequipa desde su fundación —lo que le brinda la condición de oasis—, como lo reconoce Bustamante y Rivero, hizo que la sociedad arequipeña se formase aislada del resto del Perú, lo que dio origen a un sano regionalismo vinculado especialmente al sur del país.

¿Cuándo comenzó la confrontación entre Arequipa y Lima?

Se trata de actitudes diferentes ante la realidad. En Lima es evidente que hubo una influencia hispánica más marcada; en Arequipa, en cambio, se produjo desde el inicio un mestizaje racial y cultural. En el Cusco predominó el elemento indígena. Arequipa resultó así la ciudad representativa de la República, Lima del Virreinato y el Cusco del Incanato.

Pero la confrontación tiene que ver con la presencia de Arequipa en la política nacional. Hasta 1866 la Ciudad Blanca era "una pistola que apuntaba al corazón de Lima", dice Jorge Basadre. Arequipa fue, así, rebelde, orgullosa, revolucionaria, como lo afirma el notable historiador don Francisco Mostajo.

¿Se han incorporado los migrantes a la actitud de los arequipeños?

Este fenómeno es visto por algunos arequipeños como una invasión andina, pero en la práctica se trata de un cambio social que todos podemos apreciar: la ruralización de las ciudades, que, junto con el aumento de la población, caracterizan a la sociedad peruana desde 1950.

¿Cómo ve el futuro de Arequipa?

Tiene que ver con la descentralización y con los proyectos de magnitud que permitan abrir perspectivas más amplias. Arequipa urge de una reactivación económica; necesitamos compartir con la macrorregión sur metas de desarrollo comunes. Finalmente, hay que pensar en un desarrollo que cuente con la participación de Brasil, Chile, Bolivia y, naturalmente, el Perú.



"Santa Catalina I". Acrílico de Ricardo Córdova.

de Cervesur, bastión de la industria characata. Otras, como Gloria, han conquistado el mercado capitalino, pero estableciéndose allí. Todo esto ha generado una decadencia económica que, sumada a la deficiente labor de los últimos cinco alcaldes, ha deteriorado considerablemente la ciudad. Sobre lo último, un ejemplo digno de Ripley es el del ex alcalde Róger Cáceres, que vendió las bancas de la plaza de armas sabe Dios para qué. Otro tema que agobia a la ciudad es la contaminación producida por el parque automotor. Reconocer estos problemas es pues el acto necesario de penitencia.

A pesar de todo lo dicho, los arequipeños no refrenamos nuestro orgullo y el deseo de ver mejor a la ciudad. Y esa es la clave para que esta mejore: mientras algunos simplemente se quedan en el recuerdo, otros luchan decididamente por una ciudad que mantenga los valo-

res de su pasado y sepa subsistir y desarrollarse en un mundo de inmigración y globalización. Tarea difícil pero bastante posible si se toma en cuenta el inmenso deseo de los universitarios por mejorar la ciudad. Así, Arequipa ha encontrado un nuevo horizonte económico en sus posibilidades como ciudad universitaria y cultural, con las empresas de servicios y el turismo.

Nostalgia del tiempo heroico

Existe un sentimiento clásico arequipeño fácilmente rastreable en las numerosas páginas web dedicadas exclusivamente a los characatos residentes en el extranjero: la nostalgia. Uno que vivía en Hungría dice: "A todos los que tanto extrañan nuestra Arequipa, paren ese absurdo sufrimiento, vuelvan a la tierra que los vio nacer. Así toda nostalgia terminará. Se los digo por experiencia". Otro, desde Arizona, manda una foto de su camioneta con un letrero de

AQP en el vidrio. Pero los que se llevan el trofeo son los que viven en París, donde han fundado un Club Melgar, y los de Nueva York, que han creado su propio Club Arequipa.

¿Qué es lo que extrañan? Pues muchas cosas, pero sobre todo un coctel de emociones, entre seguridad y orgullo, que les produce ser parte de una sociedad unida, donde sienten el mismo querer por su tierra y su historia; sensaciones que igualan a todos. Algo que ciertamente no encuentran fuera y que vale mucho en un país desarraigado por el centralismo.

¿Qué más extrañan? Cuando pueda usted tomarse un guacho en La Parra acompañado por una *loncca*, y luego entrar al amanecer en la plaza de Cayma, adobo y pan de tres puntas en mano, recibiendo la luz incomparable del cielo mistiano, entenderá lo que tanto echan de menos. ■